

## La eterna Roma de tiranos y callejones

Preguntas a la historiadora. En “SPQR, una historia de la antigua Roma”, Mary Beard narra las intrigas del poder imperial con tensión novelesca.

POR MATILDE SANCHEZ  
REVISTA Ñ, DIARIO CLARIN, 16-9-2016



La autora. “SPQR” es uno de los libros del año. Culmina casi medio siglo de labor en los estudios clásicos de Beard.

Ante la escultura de Rómulo y Remo —en verdad es medieval—, ella observa que loba (lupus, lupa) era también un sinónimo de prostituta. Y que si Rómulo fue erigido como primer regente romano en el mito fundacional, es porque desde el inicio del asentamiento urbano Roma se pensó como urbe de extranjeros e inmigrantes, refugio de todos los exilios del Mediterráneo y el continente. Y que en el mismo espíritu, reforzando la centralidad de esos mellizos recogidos del agua, su segunda figura fue el exiliado absoluto de Virgilio, en el poema encargado por el emperador Augusto. Eneas es el sobreviviente de la guerra de Troya y, por lo tanto, lazo de Roma con la cultura griega. Y que también por eso en el inicio está el mito de las sabinas, mujeres de ese pueblo esclavizado por Roma y cuyo rapto “describe el primer matrimonio de la ciudad como un proceso de *legítima violación* con el propósito de procrear”.

Mary Beard es una de las grandes clasicistas británicas, con una cátedra en Cambridge; en el país que lleva siglos especializándose en el género, es una divulgadora de historia

respetada por sus pares y muy leída, superando a Anthony Beevor. Su último estudio, *SPQR*, es uno de los grandes libros de 2016. Además, Beard es editora especializada del *Times Literary Supplement*, donde lleva el blog *A Don's Life* (v. pág. 6). Desde hace años guía a los televidentes por los vestigios romanos del imperio que hoy cubre más de diez países, en una de las impecables series de la BBC, completa en *Youtube*.

La singularidad de *SPQR* es la destreza con que se combinan la revisión historiográfica –a veces contradiciendo a autores insuperables como Edward Gibbon y el irlandés Eric R. Dodds– y la actualización interdisciplinaria, que avanza gracias a los hallazgos arqueológicos. Pero también reside en la evolución de las variadas disciplinas. Además de ser historiadora de las religiones, tiene talento para reconstruir la vida callejera, en esa ciudad que autorizaba el paso de caballos solo a la caída del sol, sin barrios regidos por la clase social, donde tanto la mansión como la casucha de al lado tiraban sus porquerías por la ventana. Después de seguir a la turista ilustrada por la villa de los emperadores en la colina Palatina, vendrán los mercados y puestos de guisos, los pestilentes callejones, el gran vertedero de basura y recién nacidos –los indeseados, los defectuosos. Es una astuta crítica de arte ante los secretos de las columnas talladas y los bustos conmemorativos (muy maliciosa en sus detalles sobre la estatuaria oficial del poder). Y una feminista no dogmática. Recorre lo sublime y la baja cultura; así como las conjuras de palacio tienen su color novelesco, el universo de los subalternos –mujeres y esclavos, la plebe y los patricios sometidos– también merece relieve. (¿Sabía el lector que las fondas eran para los trabajadores, que llevaban sus envases, mientras que los ricos solían comer en casa?).

De hecho, lo que más parece desafiar a a Beard es hacer revivir la gran capital. *SPQR*, *Senatus Populus Que Romanus* (Senado y pueblo de Roma, en referencia al sistema de voto ciudadano y una de las siglas más arcaicas) aún se lee en las antiguas alcantarillas y papeleros públicos y hasta tiene una posterior interpretación jocosa: *Sono Pazzi Questi Romani*, Están locos estos romanos. En la última década, la temática imperial atraviesa la industria cinematográfica y es un ingrediente de la cultura pop hasta en los nombres de perfumes. En los emperadores y sus modos de acceso al poder –no todos tan sangrientos como nos hacen creer quienes retrataron a los peores– está la matriz narrativa de la serie *Juego de tronos*. ¿Los romanos somos nosotros?

Mary Beard no da entrevistas pero aceptó un cuestionario por correo.

**–La cultura popular destaca sus éxitos militares y a los déspotas; usted privilegia a sus ingenieros y urbanistas. ¿Qué es lo que nos interpela del imperio romano? ¿Conceptos de política moderna, los dictadores y el populismo (el “pan y circo” del satirista Juvenal)? ¿O son los orígenes del cristianismo lo que buscamos visitar?**  
–Aún vemos al imperio romano como una importante presencia cultural en nuestra sociedad. Eso se debe a una serie de razones. En algún sentido, los romanos siempre

han sido una versión más grande de nosotros mismos: quiero decir, una versión más grande y peor, más desmesurada. Pero hay todo tipo de cruces con la actualidad. Las ideas romanas sobre la libertad (formadas durante la República, antes de que Julio César fuera nombrado dictador perpetuo, en 44 a.C.) son puntales de una versión de la democracia moderna. Pero también dieron sustento a toda la visión del “pan y circo”, es verdad. Siempre pienso que deberíamos verlo de otra manera. ¿Podríamos celebrar la idea (mejor hablar de la “invención”) romana de que es un deber del Estado alimentar a su pueblo? El cristianismo obviamente es importante en esto. Supongo que, para mí, lo crucial es que el cristianismo es una religión mundial que nació de una versión romana del mundo y de un sentido romano del universalismo. Tendemos a pensar en el cristianismo en oposición a Roma pero en realidad fueron la estructura y la comunicación del imperio lo que permitieron que se difundiera. Paradójicamente, el cristianismo es “la” religión romana. ¡Qué extraño!

**–Uno de sus guías a lo largo de *SPQR* es el senador Cicerón, de tan sangrienta muerte –degollado, su cabeza y su mano derecha expuestas–, tan central en la literatura. Pienso en ese bello manual, “*a tradición clásica*, de Gilbert Highet, que rastrea su influencia, desde el teatro isabelino a los discursos de Abraham Lincoln. Sin embargo, usted deconstruye a Cicerón como a un político moderno, sus pases de bando, sus actividades intrigantes.**

–Aprendimos a pensar que Cicerón es aburrido; un figurón acartonado que daba discursos políticos soporíferos. Aunque en estos hay mucho para descartar, sigue siendo una figura extraordinaria, probablemente la única a la que podemos acercarnos antes de San Agustín. Para mí, es un gran ejemplo de lo interesante de la cultura romana. No sólo como orador sino como pensador, historiador y poeta. ¡Y qué bromista! Solemos olvidar que Cicerón era el hombre más gracioso de Roma. El hecho de que tantas de sus cartas sobrevivieran nos da una maravillosa visión de un mundo premoderno que no ha tenido igual en ninguna parte.

**–Usted se concentra en los emperadores, hasta Caracalla, con su edicto concediendo la ciudadanía romana a los extranjeros. También afirma que Roma se concibió –en términos globales para esa época– en una ciudad asilo, donde los migrantes eran legales. En una intervención televisiva que le causó mucha amargura (v. recuadro), usted recomendó mirar a Caracalla para encontrar lecciones sobre la crisis actual de los inmigrantes.**

–Mire, no creo que haya lecciones directas de los romanos para nosotros, aunque todos siempre quieren que las haya. Pero sí creo que pensar en ellos nos da una perspectiva distinta de nuestro propio mundo. Es importante recordar que en el mundo romano la idea misma de “inmigrante ilegal” habría sido incomprensible. Por eso, simplemente debemos recordar que las fronteras y la ilegalidad son un invento reciente. El poder romano se basaba en la idea de la incorporación de personas y ciudadanos. Sin embargo, no debemos ver esto como una versión de la tolerancia

(había millones de maneras en que esto no era tolerancia en el sentido moderno). Pero era una versión de la visión del Estado como un orden incluyente, no excluyente. Y esto tiene enorme importancia.

**–Roma no fue el modelo de los imperios español ni portugués. ¿Lo fue de Napoleón y del imperio británico? La utopía urbanística lo conecta con el nazismo. En cambio, los romanos no aniquilaban las creencias de los conquistados ni tocaban sus sistemas de justicia. ¿Puede describir a grandes rasgos la relación de Roma con sus conquistados?**

–Toda potencia colonial occidental siempre se ha preguntado hasta qué punto seguía o sigue el modelo romano. La diferencia es que los imperios modernos han tenido un claro apuntalamiento religioso, mientras que el imperio romano no lo tenía en nuestros términos actuales (quiero decir, hasta los “choques” con el cristianismo). De hecho, sus actitudes hacia otras religiones nos resultan desconcertantes. Básicamente, no tenían inconveniente en asimilar la religión de los pueblos conquistados, siempre que fueran religiones nacionales o autóctonas, sin otra ambición. Ese fue, en parte, el problema con el cristiano. Los cristianos decían querer trascender las fronteras. Dicho esto, Roma daba por sentado que los dioses estaban de su lado.

**–Usted señala que el éxito de la dominación romana (ejercida desde una capital insignificante que no tenía ningún privilegio geográfico) se explica por el poder aplastante de sus legiones militares. Roma llegó a contar con 700 mil soldados.**

–Simplificando, el dominio romano se explica por sus recursos humanos. Roma no era más agresiva que otros estados antiguos y, en general, no estaba mejor equipada. El secreto del éxito era que otorgaba la ciudadanía a aquellos a quienes conquistaba – algo muy inusual–. Claro que la ciudadanía significaba luchar por Roma... Básicamente, tenía más soldados para reclutar que cualquier otro estado y compartía las recompensas de las futuras conquistas con los subyugados.

**–Usted escribe que, con su millón de habitantes y su enorme radio de influencia, Roma se compara con las actuales grandes capitales; ha dedicado un episodio de su programa de la BBC a su estilo de urbanización en el mundo. ¿Existe una continuidad de esa ciudad con las nuestras?**

–La ciudad de Roma tiene algo que todavía les habla a todas las comunidades urbanas del mundo: los problemas del planeamiento urbano, los chistes sobre la vida en la calle, los peligros de la ciudad a la noche, etc. Compartimos algunos de los problemas y hemos aprendido de los romanos algunas de las soluciones. ¡Los romanos fueron los primeros que inventaron las restricciones de tránsito!

**–Los puentes y las acequias, los baños públicos de letrinas, la comida para llevar. El coleccionismo de arte, práctica que tomaron de Grecia y que se impuso incluso entre las capas bajas... ¿Heredamos cierta idea del ocio y el “bien vivir”?**

–Es una pregunta difícil de responder. Seguimos siendo herederos de un “arte del bienestar” grecorromano pero me complace decir que la sociedad occidental también

ha incorporado muchas otras tradiciones. Les debemos todas estas cosas que usted menciona a los romanos y eso es lo interesante: ¡son cosas de alto nivel y de bajo nivel! También les debemos la comedia vulgar... Yo pongo primero la idea de libertad y ciudadanía. “¿Qué es ser un ciudadano?” es una pregunta que remite tanto a Roma como a Grecia. Y no olvidemos que los romanos inventaron –hasta donde sabemos– la idea del voto secreto en las elecciones, a partir de 149 a.C.

**-En su libro, usted valora algunas películas taquilleras, como *Gladiator*. Roma está en algunas producciones populares del género fantasía épica. Su juventud coincide con la *Cleopatra* de Elizabeth Taylor y la primera versión de *Ben-Hur*. ¿Los cree más presentes hoy?**

–Roma nunca se ha ido del imaginario popular. Todo tipo de cosas impulsan esto. Todavía hay una fuerte percepción de las raíces cristianas en el imperio romano; en parte, vemos nuestros propios imperios (el estadounidense y otros) desde un punto de vista romano. No creo que nos sintamos especialmente atraídos a Roma ahora. Siempre nos ha ocurrido y cada generación encuentra nuevos detalles de los romanos que les dicen algo.